

ISIDORA AGUIRRE Y MANUEL ROJAS
ESCRIBEN *POBLACIÓN ESPERANZA*

Grínor Rojo
Universidad de Chile
grinorrojo@hotmail.es

Anoto de entrada una coincidencia que me parece digna de destacarse. *Población Esperanza*, la obra de teatro que ahora comento y que es la única en que colaboraron Isidora Aguirre y Manuel Rojas, se estrenó en Concepción, en el Teatro de la Universidad, en enero de 1959, dirigida por Pedro de la Barra y con un personal de actores de un prestigio hoy día legendario: Luis Alarcón, Jaime Vadell, Delfina Guzmán, Tennyson Ferrada y Andrés Rojas Murphy. Es decir que *Población Esperanza* fue estrenada hace más de medio siglo y sólo unos pocos días después de que se produjera en Cuba el triunfo de la Revolución, la que, como todos sabemos, desencadenó un cambio de rumbo radical en la historia política de nuestro continente. Hay, en efecto, en la historia contemporánea de América Latina, un antes y un después de la Revolución Cubana. Lo que los cubanos le demostraron al mundo en 1959 fue que la servidumbre y la pobreza, la opresión y la explotación, la dependencia y la humillación, no formaban parte del destino trágico de los seres humanos, sino que era posible combatirlas y, lo que es más relevante todavía, que era posible eliminarlas. En la memoria (y en la nostalgia) de muchos de nosotros está lo que vino después de eso: una década, la de los años sesenta, alborotadora y esperanzada, unidos todos quienes la vivimos en la confianza de que el cambio social estaba a la vuelta de la esquina, pero siempre que se tuvieran las ganas (y las agallas) para comprometerse con él y lograrlo. Reviso ahora la bibliografía de la dramaturga Isidora Aguirre y me doy cuenta de cuál fue su contribución personal a este proyecto. Piezas fundamentales suyas y del repertorio dramático chileno de todos los tiempos se escribieron y se estrenaron durante aquella década: *Los papeleros*, en 1962, y *Los que van quedando en el camino*, en 1969. Y antecediendo a las obras que acabo de nombrar, como una cuña o un faro que ya apunta hacia el futuro, se encuentra *Población Esperanza*, lo que quiere decir que esta obra es una cabeza de serie dentro de la producción de Isidora Aguirre para el teatro chileno tanto como la Revolución Cubana lo estaba siendo en la producción de una historia nueva para los explotados y ofendidos de nuestra porción del mundo.

Como cabeza de serie, *Población Esperanza* se debe al pasado al mismo tiempo que profetiza el futuro. Cuenta Isidora, en la entrevista que le hicieron para el volumen de *Estudios críticos* sobre Manuel Rojas, que el gran novelista insistió en introducirle un centro de significación único a la pieza y que ella se resistió a esa sugerencia, pero a la que al fin y al cabo tuvo que ceder. Oigámosla: “Conversamos y recuerdo como si fuera hoy, que él me repetía que ‘la miseria es el mal de los miserables’, un axioma de Bernard Shaw. Desde mi ángulo, le explicaba que eso no bastaba para escribir la obra, aunque había que tenerlo en cuenta”. Y en otra parte: “la idea que regía a *Población Esperanza* era la de que cuando un miserable cae tan bajo él solo no puede salvarse porque la miseria lo hunde más” (103).

La ambigüedad resulta ostensible: “la miseria es el mal de los miserables”. ¿Qué quiso decir Shaw con esta frase? ¿Es la miseria el mal que a los miserables les ha caído encima, debido a causas que están fuera de su control, o es un mal que ellos generan por y para sí mismos? No sé en qué estaba pensando el dramaturgo irlandés cuando escribió la frase famosa⁹², pero sí sé, porque he escrito varios ensayos sobre la obra de Manuel Rojas, que para el novelista de *Hijo de ladrón* ella tenía un sentido preciso. Rojas no lo había pasado nada de bien, había trabajado de niño en las cosechas de Mendoza y también de niño había sido jornalero en la Cordillera de los Andes, durante la construcción del Ferrocarril Trasandino. Después de eso, vagó en soledad y con hambre por las calles de Valparaíso y Santiago, sin trabajo o con trabajos misérrimos que a veces le daban para comer y a veces no. Es decir que Rojas había sentido él mismo el apretón en las tripas, *que había sido un miserable*. Ese hombre grande y parco, nacido en Buenos Aires y criado en el barrio Boedo, que en 1912 cruzó la Cordillera de los Andes a pie para venirse a Chile, donde, durante ese decenio y en los dos siguientes se ganó la vida como mejor pudo (o sea que no con mucho éxito ni con mucha frecuencia) y como mejor supo (o sea que con menos habilidades de las que eran requeridas incluso para las pegas últimas que le caían entre manos), traía en la mochila, en el momento de iniciar su colaboración con Isidora, una experiencia durísima dentro de la cual había pruebas abundantes de que a los miserables les cuesta salvarse y, sobre todo, que es muy difícil, casi imposible, que se salven solos.

Del otro lado, estaba la joven Isidora Aguirre Tupper, la hija de don Fernando Aguirre Errázuriz y doña María Tupper Hunneus, a la que no conocí entonces pero sí después, y a quien puedo imaginar tan bonita y coqueta como le gustaba serlo. Había nacido el 22 de marzo de 1919 (se cumplieron cien años de su nacimiento hace apenas un par de años) en el seno de una familia de la nobleza criolla y era todavía, a fines de los cincuenta, según ella misma lo relata, una niña “bien” (102); me pregunto si

⁹² Isidora agrega la coda: “y necesitan de nosotros para superarla”. Pero eso no resuelve la ambigüedad, a mi juicio.

alguien usa todavía esa expresión. Una niña bien que a los dieciséis años había querido ser “visitadora social” (hoy la profesión no existe, creo que quienes desempeñan ese oficio se denominan a sí mismas trabajadoras sociales y que lo que hacen posee otro carácter) porque la impresionaban “los niños mendigando por doquier”. De ahí arrancaba su deseo de hacer “una obra que sirviera de algo al pueblo que sufría y al que sólo conocía desde mi posición de clase” (101). Es decir que esta era una joven de la oligarquía chilena, sensible a la pobreza, como vemos, y que creía sinceramente que respecto de ella el asistencialismo cristiano entregaba una solución o, al menos, un paliativo.

Era como juntar el vinagre rudo y zarandeado de un Rojas ya sesentón con el tierno aceite de Isidora. Que la sociedad que los dos formaron para escribir *Población Esperanza* haya sobrevivido y prosperado es casi un milagro y tiene que ver, creo yo, con un doble desplazamiento. Por parte de Manuel Rojas, con una intensificación en él del principio de la fraternidad, en contraste con el escepticismo al que lo inducía su dura experiencia de vida, y todo ello en el marco de un arreglo más o menos complicado entre su adhesión al ideal libertario anarquista y a un socialismo cuyas estrategias, aun cuando le resultaran convincentes a ratos, no siempre le garantizaban el monto de flexibilidad que a él le hubiese gustado. En 1934, en las páginas de *Lanchas en la bahía*, esas son las dos puntas paradigmáticas que forman El Rucio del Norte y el sindicalista Alejandro.

Por parte de Isidora, pienso que su propio desplazamiento se produjo a partir de la sospecha de que el asistencialismo tradicional, cristiano no daba el ancho y que lo que había que hacer era avanzar un paso más allá, consistente en la instalación de una perspectiva de cambio en la conciencia del pueblo chileno. No había que ayudar a los miserables a que les fuera mejor en sus vidas; lo que había que hacer era demostrarles que *cambiar* sus vidas era para ellos posible y que eso era algo que podían y tenían que hacer por sí mismos, pero a condición de que lo hicieran entre todos.

Como quiera que sea, *Población Esperanza* es una puerta batiente, que hace guiños hacia el pasado tanto o más de lo que avizora el futuro. El realismo del viejo Rojas y el asistencialismo de la joven Isidora están ambos metidos adentro, muy adentro de la pieza, determinando varios de los elementos que la constituyen. Está ahí la figura del ladrón, tan importante en la narrativa de Rojas, y con la misma jerarquización con que este la trata en las novelas: el ladrón bueno, solidario y bondadoso, especie de Robin Hood de la callampa, en un costado de la escena, y el ladrón malo, insolidario y bellaco, en el otro. Y junto con él la figura de la visitadora social o, mejor dicho, la íntima contribución de nuestra querida Isidora, de esa joven que había deseado proteger a los niños pobres alguna vez en su adolescencia, y que aquí, habiéndose propuesto redimir al buen ladrón, termina enamorándose de él. Hegel hubiese caído de la silla aplaudiendo: de la unión de esa tesis con esa antítesis tenía que salir ni más ni menos que una síntesis destinada a parir el futuro de Chile. Como lo dejé dicho y me lo recordó al

escuchar los borradores de este trabajo, ella fue quien escribió la parte de la visitadora en tanto que Rojas se hacía cargo de la del ladrón, intercambiándose así entre ambos la construcción de los papeles protagónicos de la pieza. Es un dato recuperable sin duda, y que responde a motivaciones que tienen que ver no tanto con el origen de los personajes como con el origen de sus creadores, así como con el procedimiento que ellos adoptaron para redactar los parlamentos de la pieza.

(De paso, considérese por un momento la siguiente puesta en abismo: desde los que escribieron la pieza, sobre todo si se tiene en cuenta ese intercambio de papeles al que arriba me refiero, y repitiéndose una y otra vez, *Población Esperanza* entera está hecha a base de parejas disparejas, que se superponen una detrás de la otra haciendo lo posible y lo imposible por unirse. Es un túnel de espejos, que se repiten y podrían seguirse repitiendo hasta el infinito. Me refiero a la pareja que forman los falsos mendigos; a la del ladrón ayudante con la prostituta, la que nos remite a la pareja del criado del caballero con la criada de la señora en la comedia clásica española; y, por supuesto, a esta protagónica que es la del ladrón buena gente con la visitadora social).

El caso es que los protagonistas, no sin algunas vacilaciones de última hora de parte del ladrón bueno –quien no parece estar del todo persuadido acerca de los beneficios del negocio en que está a punto de embarcarse, pero ama a la chica y por eso se arriesga–, acomodan todo lo necesario para escaparse, para huir de la población y para construirse, *au-dessus* de la mugre y el piojo, un futuro mejor. El problema es que esa es una salida individualista y si hay algo en lo que Isidora Aguirre y Manuel Rojas han llegado a ponerse ambos de acuerdo es en su inviabilidad. Me refiero a la inviabilidad o a la futilidad de las soluciones personales a unos problemas que no son personales. *Población Esperanza*, que hasta ese momento se había movido estéticamente, como bien dice Isidora en la entrevista citada, entre la “poesía” y el “naturalismo” (103), no sin sus puntas de sainete y melodrama, deja al cabo todo eso atrás y se mete por un callejón que no tiene otra salida que la que pueden suministrarle la lucidez crítica y la rebeldía del realismo contestatario.

Volvemos de este modo al centro único de significación, el que Rojas quiso imponerle a la pieza: “El mal de los miserables es la miseria”. Puede que eso no sea siempre así, pero lo es de todas maneras cuando los miserables se resignan a la ineluctabilidad de su miseria, cuando no hacen nada para combatirla o, peor aún, cuando piensan que ellos pueden salvarse por su cuenta, con prescindencia de todos los demás. Ni la resignación a la mala suerte ni la esperanza ingenua en el ascenso social (o en la “movilidad social”, como dicen los sociólogos) resultan ser, al fin y al cabo, opciones valederas para quienes escribieron esta obra. Peor aún: la esperanza de que se pueden sortear las inequidades e iniquidades del sistema económico capitalista avalando al mismo tiempo su legitimidad es la que lleva, según los autores de *Población Esperanza*, al despeñadero, porque es entonces cuando al gentil ladrón y

a la dulce visitadora les cae el *boomerang* en la cara, cuando experimentan el regalo envenenado de la falsa promesa liberal.

Después de aquella colaboración única, cada uno siguió su camino. Manuel Rojas escribió dos novelas más, una de ellas extraordinaria, algunos creen que la mejor de las suyas, *La oscura vida radiante*, publicada en el 71, cuando él mismo ya había ingresado en el equipo de la subochenta. En ella hay un capítulo casi completo, el séptimo, que está dedicado a las andanzas teatrales de Aniceto Hevia, el otro yo de Rojas. Porque lo cierto es que *Población Esperanza* fue para él el cumplimiento de un sueño de toda su vida, escribir para el teatro. Cuentan que durante los ensayos se sentaba en la primera fila de la platea a reclamar por los cortes que Pedro de la Barra infligía a sus diálogos y que hubo un episodio en el que poco faltó para que los dos gigantes se fueran a las manos, con el novelista furioso y de la Barra gritándole que eso que él estaba montando sobre el escenario no era literatura “sino teatro, huevón”⁹³.

Por su parte, Isidora Aguirre completó a partir de ahí una gran carrera, la misma por la que sus seguidores la recordamos hoy con admiración y cariño. Después de *Población Esperanza*, se produjo el encuentro de Isidora con Brecht y de la mano de Brecht compuso, como dije arriba, un par de clásicos: *Los papeleros* y *Los que van quedando en el camino*. No sé yo cuán brechtiano haya sido su brechtianismo, sin embargo, y me temo que bastante menos discipular de lo que se suelen pensar los entusiastas. El impacto de Brecht en el teatro latinoamericano de los años sesenta fue grande y no ha sido procesado críticamente con la profundidad que sería deseable. Alguien, en un raptó de clarividencia, en vez de escribir la tesis número mil quinientos cincuenta y cuatro sobre Roberto Bolaño, debiera estudiar ese contacto. Pero, cualquiera haya sido la profundidad de su brechtianismo, a Isidora él le permitió hacer al menos dos descubrimientos: en primer término, le permitió distanciarse emocionalmente de las situaciones extremas que estaba subiéndole al escenario, entendiéndolas ahora de manera objetiva, como fenómenos sociales, que no se deben compadecer sino pensar. Pensarlos además como el resultado no del egoísmo o de la mala voluntad de unos sujetos sin corazón, sino como la consecuencia lógica de un sistema económico atroz y para el cual la desigualdad constituye un rasgo inherente; en segundo lugar, hizo posible que se familiarizara con una estética dramática de índole narrativa. Estamos ya en la mitad de los años sesenta y más acá. Los tiempos son otros. La niña “bien” de veinte o treinta años antes ha aprendido a esas alturas la lección de los cubanos y la de la izquierda latinoamericana en general, esa que empieza a alumbrarse en las escenas de *Población Esperanza* y con la que completaría lo que algunos estiman que es lo mejor de lo mucho de bueno con que ella quiso enriquecernos la vida después.

⁹³ Ver: Magíster Gestión Cultural (MGC. Universidad de Chile). “El anecdotario oculto del teatro chileno en 50 años de su historia”. En línea.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, Isidora. “Lucha a muerte con un novelista”. *Estudios críticos sobre Manuel Rojas*. Nómez, Naín y Emmanuel Tornés (eds.). Santiago: Universidad de Santiago, 2005.
- . y Manuel Rojas. *Población Esperanza*. Ediciones Nadar: Santiago, 2014.